



Reflection from Fr. Joey Evangelista, MJ
23rd Sunday in Ordinary Time– Year A

Our world has grown so polarized that genuine listening has taken a back seat. Too often, we avoid discussing matters of consequence out of fear—either of not being heard or of becoming too angry to hear anyone else.

This Sunday's Gospel reading offers a clear path out of polarization and back toward authentic dialogue. In the Gospel of Matthew, Jesus instructs his disciples that if a member of the community sins against another, the aggrieved party should approach that person directly. While Jesus provides further steps should that initial effort fail, the heart of the teaching remains the same: the individuals involved are called to speak directly with one another. Christ's intent is reconciliation, not fault-finding.

Because we are all in need of God's mercy, this instruction should not only be read from the perspective of the one who was wronged, but also from the perspective of the one who caused harm. Doing so does not deny our inherent goodness as children of God; rather, it demands a humble, courageous admission that we sometimes fail to follow Christ. Seen in this light, Jesus invites us into an encounter of heart and mind—one guided by the Holy Spirit and sustained by mutual listening.

We stand at a critical juncture. Leaders evade accountability, prejudice reduces human dignity to race or language, and environmental degradation deepens amid corrupt systems and public indifference. The future hangs in the balance, yet we remain paralyzed by self-righteous certainty—convinced that we alone are right and everyone else is wrong.

Christ calls us to break this deadlock through honest encounter. If we have been wronged, let us rely on the Holy Spirit to reach out with charity, seeking restoration rather than vengeance. If we are approached by someone we have hurt, let us receive their correction with an open, contrite heart. This willingness both to seek reconciliation and to accept accountability provides the grace needed to heal our fractured communities. Let us heed Christ's call and welcome the transformation that begins when we choose to listen.

Reflexión del Padre Joey Evangelista, MJ
XXIII Domingo Ordinario– Ciclo A

Nuestro mundo se ha polarizado tanto que la escucha genuina ha quedado en segundo plano. Con demasiada frecuencia, evitamos discutir asuntos importantes por miedo —ya sea a que no nos escuchen o a enojarnos tanto que no podamos escuchar a nadie más.

La lectura del Evangelio de este domingo ofrece un camino claro para salir de la polarización y volver al diálogo auténtico. En el Evangelio de Mateo, Jesús instruye a sus discípulos que, si un miembro de la comunidad peca contra otro, la parte agraviada debe acercarse directamente a esa persona. Si bien Jesús proporciona pasos adicionales en caso de que ese esfuerzo inicial falle, la esencia de la enseñanza sigue siendo la misma: las personas involucradas están llamadas a hablar directamente entre sí. La intención de Cristo es la reconciliación, no buscar culpas.

Dado que todos necesitamos la misericordia de Dios, esta instrucción no solo debe leerse desde la perspectiva de quien fue agraviado, sino también desde la perspectiva de quien causó el daño. Hacerlo no niega nuestra bondad inherente como hijos de Dios; más bien, exige una admisión humilde y valiente de que a veces no logramos seguir a Cristo. Visto así, Jesús nos invita a un encuentro de corazón y mente —uno guiado por el Espíritu Santo y sostenido por la escucha mutua.

Nos encontramos en una época decisiva. Los líderes eluden su responsabilidad, los prejuicios reducen la dignidad humana a la raza o al idioma, y la degradación ambiental se agrava en medio de sistemas corruptos y la indiferencia pública. El futuro pende de un hilo, pero seguimos paralizados por una certeza moralista, convencidos de que solo nosotros tenemos la razón y todos los demás están equivocados.

Cristo nos llama a romper este estancamiento mediante un encuentro honesto. Si se nos ha hecho daño, confiemos en el Espíritu Santo para tender la mano con caridad, buscando la restauración en lugar de la venganza. Si se nos acerca alguien a quien hemos lastimado, recibamos su corrección con un corazón abierto y contrito. Esta disposición tanto a buscar la reconciliación como a aceptar la responsabilidad nos brinda la gracia necesaria para sanar nuestras comunidades fracturadas. Prestemos atención al llamado de Cristo y acojamos la transformación que comienza cuando elegimos escuchar.